

## EL RAYO HERNANDIANO EN LA POESÍA AMOROSA DE ELVIO ROMERO

MIGUEL ÁNGEL GARCÍA LÓPEZ

Aunque la distancia entre la fecha de nacimiento de Miguel Hernández, 30 de octubre de 1910, y la de Elvio Romero, 1 de diciembre de 1926, no es grande, resulta lo suficiente como para que pertenezca a otra generación distinta. Uno, español; el otro, paraguayo, los dos soportan sendas guerras inciviles. Miguel Hernández muere el 28 de marzo de 1942, cuando Elvio es un joven de 16 años, que comienza a hacerse un hueco en el mundo literario y político del Partido Comunista, una vez que ha decidido abandonar los estudios secundarios apenas comenzados.

Por su trayectoria vital son dos poetas nacidos entre el pueblo, de humilde condición, el paraguayo aún más, porque ha de vivir con su abuela, pues sus padres no tienen para alimentar a toda la familia. Cursan estudios primarios y no prosiguen los secundarios, la afición por la poesía les llega de muy niños, en que escriben sus primeros versos, las influencias iniciales son comunes: la tradición de la lírica hispánica clásica; el español, llevado por el academicismo culto de los jesuitas, el paraguayo, por autodidactismo de la antología poética de los poemas publicados en los periódicos que iba recogiendo y pegando su madre en un cuaderno a modo de álbum, desde los tiempos de su estancia en Ñu-Pora y, luego, en Asunción.

Una vez que Miguel abandona el Colegio de Sto. Domingo de los jesuitas en marzo de 1925, su autoformación se nutre de las lecturas de los libros de la biblioteca del canónigo Luis Almarcha, según nos cuentan sus biógrafos, entre otros, Concha Zardoya.

1926 es el año en que comienza a escribir poesía —es el año del nacimiento de Elvio Romero—. Por un lado imita el modernismo rubeniano, la poesía de Campoamor, el posromanticismo de Bécquer y, por otro, busca la inspiración en su entorno el pastoreo, las cabras, la sierra, el patio de su casa con la higuera y el olivo. La mayor parte de estos primeros poemas están compuestos en versos de arte menor, octosílabos y heptasílabos romanceados. Luego, ya en plena madurez poética, y la influencia de la pasión de sus coetáneos del 27 por Góngora, inclinan la balanza por el poeta cordobés, hecho bien patente en las 42 octavas reales de *Perito en lunas*, y hay que reconocer con Agustín Sánchez Vidal (1979, 9) que con ello cumple dos objetivos: 1º) adquirir una técnica y dominar el lenguaje, y 2º) convertir lo cotidiano en tema digno de ser revestido poéticamente.

En el verano de 1933 conoce a Josefina Manresa y, de esa pasión amorosa, nacen una serie de poemas de amor, que integran uno de sus mejores libros: *El rayo que no cesa* (1934-1935), más los cuatro poemas de *Imagen de tu huella* (1934) y los quince de *El silbo vulnerado* (1934). Poesías y libros que influirán en la poesía amorosa de Elvio Romero.

Para Elvio Romero, después de su paso por Bécquer, Rubén Darío, la poesía de la Restauración y de Gutiérrez Nájera y Amado Nervo, ya con veinte años y la amistad e influencias más próximas de sus coetáneos Rafael Barret, Herib Campos Cervera, Augusto Roa Bastos, Josefina Pla, entre otros y la consecución del Premio de Poesía Paul Verlaine, le encaminan hacia la lírica... Estamos en 1946, tan sólo cuatro años después de la muerte de Miguel. Curiosamente, frente a la fama de otro poeta y protomártir como es Federico García Lorca, se decanta por Miguel Hernández, quizás por ser un poeta del pueblo y por su comilitancia comunista es por donde le llega el eco del poeta oriolano, muerto en la cárcel de Alicante por fidelidad a sus ideas.

Elvio también participa en la revolución de 1947 y, perdida la batalla, se exilia en Buenos Aires, donde vive entre 1948 y 1956, en Argentina escribe y publica sus cuatro primeros libros de poesía: *Días roturados* (1948), *Resoles áridos* (1950), *Despiertan las fogatas* (1953) y *El sol bajo las raíces* (1956). En 1958 publica en Buenos Aires el ensayo *Miguel Hernández. Destino y poesía*, y en 1960 salen a la luz las *Obras completas* de Miguel Hernández, la primera edición de las obras completas, que edita Elvio Romero en Argentina.

Con esta breve introducción he querido sentar los vínculos y la justificación de la influencia, llamémosla así, de Miguel Hernández en Elvio Romero, aunque en rigor había que hablar de pasión poética e ideológica por él, pues si bien son ciertas esas influencias, Elvio camina solo antes y después del descubrimiento y la admiración por el camarada, el hombre y el poeta Miguel Hernández.

Sin duda la ideología los une. Miguel desconoce quién será Elvio, éste sí conoce las heridas o pasiones de Miguel: la vida, el amor y la muerte, además de la ideología y el compromiso político. Tres son los poemarios temáticamente amorosos de Elvio Romero *De cara al corazón* (1955), *Un relámpago herido* (1967), -con el título alude en homenaje al rayo-amor que no cesa hernandiano- y *El viejo fuego* (1977). Nuestro análisis se centra en la relación, más que en las influencias entre *El rayo que no cesa* (1934-1935) y *De cara al corazón* (1955).

*De cara al corazón* (ROMERO, Elvio, 1990, 237-273) es el primer libro de poesía amorosa de Elvio Romero. Se trata de un libro muy elaborado, pese a todo hay tradiciones poéticas que el creador asume consciente o inconscientemente como propias y en otros casos reelabora: Bécquer, Simbolismo, Expresionismo, Poetas del 27, Miguel Hernández,... No obstante conviene recordar que ya es un poeta de treinta años, con cuatro libros de poemas y una experiencia de más de quince años, que ya ha generado su propio estilo. Su poesía es aparentemente sencilla, como la hernandiana, y como él es un poeta culto y popular, clásico y moderno, siempre

profundo (v. GARCÍALÓPEZ, Miguel Ángel, 2003, 623). Métricamente ya están bastante distantes, Miguel Hernández en *El rayo que no cesa* y en los poemas que forman parte de *Imagen de tu huella* y *El silbo vulnerado* (HERNÁNDEZ, Miguel, 1977, 227-262), utiliza casi siempre el soneto, sólo interrumpido por las cuartetos del poema 1º “Un carnívoro cuchillo”, la peculiar silva del poema 15 “Me llamo barro aunque Miguel me llame” y el no menos famoso poema 29, la “Elegía” a Ramón Sijé en tercetos encadenados. Elvino llega ya al versículo y al verso libre en alguno de los treinta poemas que configuran *De cara al corazón*, donde además hay romances: “Canción” (1), “Fuego” (25), romance endecha: “Fervor” (5), romanceados de verso desigual: “Magia” (2), “Tus paseos” (4), “Ella” (9), “Dirán” (13), “Ah, no temas hermosa” (14), endecasílabos pareados: “Sólo nos cabe ya”...(30), en cuartetos: “Transfiguración” (8), “Vestimentas” (21) a modo de soleas: Así nos completamos (10), El beso (19), Ella (24), de versos alejandrinos: Somos únicos (11), Así eres (16), Invitación (28) Músicos somos (29).

El amor es evidentemente un lugar común, como tema, entre los poetas, no se puede decir que porque hablen del amor hay influencias, sin embargo los modos y estilos identifican o proyectan a unos poetas en otros

Sería fácil caer en el tópico diciendo que la poesía de ambos está impregnada por el bucolismo paisajista a la manera garcilasiana. Pues es cierto, cada cual desde su tierra, sin la retórica renacentista, sin el ropaje caballeresco, el amor y el desamor o la soledad es su tema central, pero no el único.

Para Miguel Hernández es un amor atormentado, pocas veces feliz, con grandes altibajos, donde muestra los vaivenes del amor y los desdenes de la enamorada. Me fijaré, como decía, en ese tríptico amoroso cuya tabla central es *El rayo que no cesa*, la de la izquierda *Imagen de tu huella* y la de la derecha *El silbo vulnerado*.

En este tríptico, que comienzo por *Imagen de tu huella*, se nos representa en la forma expresionista- garcilasiana no ya a la Naturaleza, sino el Universo que se acompasan con el poeta, así en el poema primero nos sitúa en un panorama inquietante:

“Astros momificados y bravos  
sobre cielos de abismos y barrancas /.../  
y de erizados pensamientos míos”.

En el segundo poema entabla un diálogo entre el amado y la amada con el mí y el tú: “Mis ojos, sin tus ojos, no son ojos”, prosigue con las manos, los labios, los “pensamientos”, que si no está la amada son “calvarios”, las orejas, la voz y concluye el soneto con los conocidos versos del último terceto:

“Los olores persigo de tu viento  
y la olvidada **imagen de tu huella**  
que en ti principia, amor, y en tí termina”.

El tercero habla del beso y de la unión amorosa y sexual de un hombre y una mujer como un fenómeno íntimamente arraigado en la propia naturaleza de todos los seres vivos y no sólo de un hombre y una mujer, el amor es grande para todos y en ello también somos acordes con los instintos y la procreación:

“Es el tiempo del macho y de la hembra,  
y una necesidad, no una costumbre,  
besar, amar en medio de esta lumbre  
que el destino decide de la siembra.

Toda la naturaleza busca pareja; /.../”.

En el cuarto, sin dejar esa regencia del amor y la naturaleza conquie triunfante comienza el primer cuarteto: “Pirotécnicos pórticos de azahares,

que glorificarán los ruy-señores /.../” se percibe uno de sus miedos y obsesiones, la soledad, como vemos en el último terceto:

¡Oh, primavera verde de deseo,  
qué martirio tu vista dulce y alma  
para quien anda a solas miserable!”.

Los treinta poemas que formaron definitivamente *El rayo que no cesa* están marcados por el destino inquietante o trágico, en un caso por el amor-pasión-dolor hacia Josefina Manresa a quien no cita, salvo con alusiones o metáforas; en otro, por el amor-amistad-muerte en la “Elegía” a Ramón Sijé; y por último, en el amor-a-sí mismo como autoafirmación en el poema 15 “Me llamo barro aunque Miguel me llame”.

Sobre el tema del amor, simbolizado para algunos críticos como Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia en el rayo (HERNÁNDEZ, Miguel, 1977, 221-225), que yo analicé también exhaustivamente en “La naturaleza y su dimensión en *El rayo que no cesa*” (1993, 586-587), allí comentaba que el “rayo”, además del amor, podía ser el **pensamiento** (poema 12); por el poema 20, su propia pasión amorosa y en el poema segundo lo hace referirse a la angustia, el dolor y hasta la propia pena que siente por no ser correspondida esa pasión amorosa suya. Identifica metafóricamente el “cuchillo” (poema 1) con el “rayo de metal crispado”, que viene a ser ese destino trágico al que de alguna manera relaciona con la propia vida. La vida, para él, es “... andar sobre la arena / descorazonadora de un desierto” (poema 24), o con fuerzas telúricas y cósmicas que lo mismo hacen brotar la vida, que acaban con ella.

La muerte es un tema que emerge en el pesimismo hernandiano, no sólo en la Elegía, sino también en el poema segundo: “... Algún día

se pondrá el tiempo amarillo  
sobre mi fotografía”.

En el poema 18: “/.../ el algarrobo, el haya, el roble, el pino  
que han de dar la materia de mi caja”.

El poema 28 está dedicado a la muerte, aunque se ve el triunfo del amor sobre la muerte y que remata en los tercetos del poema 30, dándonos la clave: la causa de su muerte es el amor a una mujer: “/... y a la acción corrosiva de la muerte

arrojado me veo, y tanta ruina  
no es por otra desgracia ni otra cosa  
que por quererte y sólo por quererte”.

La tercera tabla del tríptico está formada por los quince poemas de “El silbo vulnerado”. Están más centrados en el amor, el primero es un lamento del poeta que se dirige a la amada (amor) en segunda persona para decirle que no es nada sin ella, cuando está solo. El segundo y el quinto son una expresión gozosa por ver a la amada:

“/.../ Suelto todas las riendas de mis venas  
cuando te veo, amor, y me emocio” (Poema 2).

“Cada vez que te veo entre las flores  
de los huertos de marzo sobre el río,  
ansias me dan de hacer un pío pío /...”.

El huerto es lugar de enamoramiento, de alegría y de vida feliz para el poeta, pero siempre que junto a él esté su enamorada, siente que esos azahares, limoneros, ansias y amores no duren eternamente: “Sabe todo mi huerto a desposado,

que está el azahar haciendo de las suyas /.../  
¡Qué alegría ser par, amor, amada,  
y alto bajo el ejemplo de la pluma,  
y qué pena no serlo eternamente!” (Poema 8).

El nueve y el diez hablan de la pena y la soledad:

“La pena hace silbar, lo he comprobado,  
cuando el que pena, pena malherido, /.../

¿ Qué ruy-señor amante no ha lanzado  
pálido, fervoroso y afligido,  
desde la ilustre soledad del nido  
el amoroso **silbo vulnerado** ? ” (Poema 10). Vuelve a quejarse de la soledad unos ver-

sos más abajo:

“Silbo en mi soledad, pájaro triste”.

En los poemas undécimo y duodécimo añade quizá la melancolía modernista o tal vez la tristeza garcilasiana del atardecer, lleno de dolor y amargura, como la pena que le queda a la tie-

rra cuando en el ocaso se oculta el sol; y en el decimocuarto, como les sucediera a Salicio y a Nemoroso, también Miguel Hernández se refugia en la soledad de la naturaleza para recordar a la amada:

“Cuando a la soledad de estos retiros  
vengo a olvidar tu ausencia inolvidada”.

Aunque en el poema 13º, segundo cuarteto, espera anhelante a la amada:

“En el campo te espero: mi destino,  
junto a la flor del trigo y de mi hacienda,  
y al campo has de venir, distante prenda,  
a quererme alejada del espino”.

En el poema 15º el deseo de encontrarla es tan grande, que la osadía le lleva a caer en sus brazos.

*De cara al corazón* es un libro de poemas de amor, en él le ocurre a Elvio Romero como a Miguel, el impacto del amor es muy fuerte, pero maticemos. Con treinta años, y a pesar de su juventud no se dicen las experiencias de amor con la misma frescura y espontaneidad que cuando se es adolescente, hay mayor artificio pese a la naturalidad que se quiere dar. En esto confluyen los dos, hay una selección artificial de lo natural, por más que se dé sensación de naturalidad y esto no quiere decir que no sea una poesía sentida, muy al contrario, es tan sentida que en algunos poemas es trágica y dramática al no ser correspondido por la mujer a la que ama, más en el oriolano, como acabamos de ver.

El comienzo del libro de Elvio, lejos del “carnívoro cuchillo” y de las angustias del amor no correspondido es la exaltación romántica y becqueriana de la amada, el amor es un pozo desde donde surge el amor, manantial, eco-voz que arranca de lo profundo de la tierra y lleva a la luz del encuentro a los dos enamorados, es el primer encuentro del tú y del yo, que a partir de ahora, de hoy, como tanto le gusta repetir en la localización temporal, serán “Dos ríos de eternidad. / Dos perfiles en asombro”. La síntesis del dúo amoroso aquí se transforma en un solo “chorro que ordenaba el manantial”, el amor en ella es el “ascua de emoción”. Juega numéricamente con el tres, el dos y finalmente el uno, la recopilación y la fusión de todo, el amor de los dos enamorados.

La Naturaleza, como en Garcilaso, como en Miguel, tiene una referencia concreta, pero también es expresionista en tanto que se acomoda o proyecta el estado de ánimo de los poetas, para el oriolano es trágica, inquietante y amable, según los momentos; para el paraguayo es en general amable. El segundo poema “Magia”, lo sitúa en el presente, en el hoy y revive el pasado, es decir, desde el recuerdo, con toda la nostalgia enternecedora de la evocación. La escenografía de la naturaleza es la tópica, el río, la noche, el rocío, los bosques, el camino, el viento, las espigas...

En todo el devenir de la relación amorosa, como le sucede a Miguel con Josefina, hay acercamientos, separaciones, distancias y reencuentros. A Elvio le sucede igual, en el poema 5 “Fervor”, con ciertos aires sociales es el regreso momentáneo del poeta junto a la amada, con la metonimia de sangre por cuerpo: “Hoy junto a ti se tiende

sin reposar mi **sangre**”.

La palabra **sangre** les es común a los dos en numerosos poemas cuando hablan de sí mismo, de la pasión, del amor, de la vida, así escribe Miguel en el poema 16 de *El rayo...*:

“Si la sangre también, como el cabello,  
con el dolor y el tiempo encaneciera,  
mi sangre, roja hasta el carbunco, fuera  
pálida hasta el temor y hasta el destello /.../”.

No es novedoso, pero estos dos poetas, al igual que otros tantos eluden citar el nombre de la amada, no aparecen ni Laura, ni Beatriz o Fiammeta; ni tan siquiera con seudónimos, tampoco hay ninguna Elisa, ni Filis, ni Galatea, ... Para Elvio es la “pequeña mía” en el poema 7 “Conozco lo que traes”, donde la identifica con “el vuelo de una pluma, un cofre, un imán y el sol. La misma expresión la encontramos en el poema 23 “Las sonrisas dormidas”, aquí es “mi pequeña dulce”, en otros poemas es sólo “mujer”, como en el poema 19 “El beso” y “mujer de mi alegría” en el poema 22 “Nuestro lecho”.

Elvio dedica a Élide su tercer libro de poesía amorosa *El viejo fuego* (1977): AÉlide en los tiempos amargos y dichosos. Por su parte, Miguel Hernández, aunque le dedica *El rayo que no cesa* a Josefina, ni siquiera en la dedicatoria menciona su nombre: “A ti sola, en cumplimiento de una promesa que habrás olvidado como si fuera tuya”. En el poema 12 la llama “flor”:

“Quiero que vengas, flor, desde tu ausencia,

a serenar la sien del pensamiento

que desahoga en mí su **eterno rayo**”. En el último terceto del poema 19 la denomina “amor”: “/.../

pero me voy, desierto y sin arena:

adiós, amor, adiós hasta la muerte”.

Con todo, los dos poetas prefieren el tú elíptico, como se aprecia en gran parte de sus poemas.

Hemos dicho más arriba que la soledad y la desesperación son hechos constantes en *El rayo...* y también en *De cara al corazón*, en este libro el poeta se lamenta por la ausencia de la amada, la distancia y la soledad, en el poema 11 “Somos únicos” leemos:

“Por la densa tristeza del amor, por su alegre

soledad, somos únicos;

única es la penumbra que nuestro lecho expande/.../

La ausencia me desgasta con heridas mayores

Aunque regreso siempre mayor y más profundo”.

A veces la sensación de soledad y de tristeza es tan grande porque no hay esperanza de regreso, ni de reencuentro, como sucede en el poema 27 “Éxtasis”. El poeta se proyecta en el crepúsculo, en el final del día y de la luz, pues su amada no está con él y se sabe solo, porque no es soledad estar sólo, sino que nadie te recuerde. Está donde acaba la luz, donde acaba el día, donde acaba la vida, y así concluye:

“/... / tal vez yo te buscaba no sé adónde,  
tal vez me dibujabas en la arena...  
Que tú estabas lejana,  
que yo perdido en una dulce ausencia/.../”.

Con mayor dramatismo expresa su pena Miguel Hernández en su soledad en el poema 6 de *El rayo*: “Sobre la pena duermo solo y uno,

pena es mi paz y pena es mi batalla”.

De la tristeza pasa al llanto por no ser correspondido en su amor por ella, como vemos en el poema 27: “Lluviosos ojos que lluviosamente  
me hacéis pensar: lluviosas soledades”.

El amor, que tanto puede, triunfa con el encuentro o reencuentro de los enamorados en el fruto del beso, varios son los poemas de los dos poetas en donde el beso es el eje central. Comenzaremos por Miguel desde la ternura que se desprenden de los versos del poema 11: “/.../ estoy convicto, amor, estoy confeso

de que, raptor intrépido de un beso,  
yo te libé la flor de la mejilla. /.../”. En cambio en el 20 nos habla del beso y de la pasión, lo compara con “un huracán de lava” y besarla “fue besar un avispero”, o el beso en el recuerdo tras una despedida en el poema 21:

“Yrecuerdo aquel beso sin apoyo  
que quedó entre mi boca y el camino”.

En el libro *De cara al corazón*, el poema 19 se titula “El beso”, en la primera parte lo describe: “un poco de pan de tierra..., una ráfaga..., un sereno fulgor /.../”

“La única perla que en mi alforja llevo,  
la única luz que arrebaté a mi sombra”. En la segunda parte nos habla del compromiso de un beso a una mujer, de los efectos y de los resultados que produce:

“Mujer: hoy dejo este profundo beso,  
que ensancha la creación, entre tus faldas,  
temblor del firmamento.  
Por él su peso alivian mis maderos, /.../  
Por él bajo a la tierra y la poseo”.

Sin embargo, es el poema 25 “Fuego” en donde el beso adquiere el sentido tradicional de pasión amorosa, con esa carga de lirismo, erotismo, sexualidad y en definitiva de amor apasio-



nado aquí le canta al beso como fruto del amor apasionado, así lo vemos en la última especie de estrofa de este romance:

“El beso que yo te doy  
se forja en paz; su madera /.../  
alhaja tu cuello, busca  
tus estancias más secretas,  
quiere medir tu estatura,  
quiere respirar tus trenzas,  
quiere sentir tus suspiros,  
quiere atravesar tu lengua,  
se apoya en tu corazón,  
y allí te acosa y te cerca”.

Mucho más pasional, menos comedido Elvio que Miguel en este poema sitúa al beso como el generador del fulgor de ella y del deseo, de la potencia viril y de la posesión de él. En este juego figurativo de amor, pasión, beso, fuego, luz. Miguel, quizá algo más contenido en el erotismo, sitúa –no obstante- al beso en la fuerza telúrica y volcánica del amor, de la pasión.

Llegamos finalmente a esa pasión hecha realidad, a ese acto de amor y de entrega del hombre y la mujer. Los puntos de partida son comunes: la tierra y la naturaleza, escenario amoroso cargado de erotismo y sexualidad. Comenzaremos por *De cara al corazón*, hay dos poemas con título parecido y tópico, el poema 25 “Fuego”, que acabamos de ver y el poema 18 “Fuego primitivo”, en éste el poeta le dice a la amada que verla desnuda es ver la superficie de la tierra y entre anáforas, paralelismos, metáforas e imágenes nos habla de una tempestad de aires, vientos, nubes y agua, que es la pasión amorosa o el fuego primario, así leemos en la última parte del poema:

“Mirarte es ver colinas,  
lluvias que se diluyen respirando en tus pechos,  
es embestir un campo de tierras onduladas,  
es llegar al origen de la sangre,  
es imantarse al golpe  
que oscuramente sube de tu boca y tus trenzas,  
y es imposible entonces no acostarte y vencerte  
con **sedientas hogueras**.

Si te miro desnuda”.

El poema 22 “Nuestro lecho”, que también nos recuerda a la poesía de José Moreno Villa es una bella comparación del acto de amor con el “lecho verde y puro de savias forestales” /.../  
“los dos allí escuchamos la pradera

de murmullo fecundo que en nuestra sangre anida, /.../

Huerto donde **te tengo**, donde apura  
mi sed el agua calma de tu copa extendida,  
donde depongo el fuego /.../

Monte en donde **me tienes**, su relente  
deshace las penumbras de **mi herida** y **tu herida**,  
lecho tallado al golpe boreal de mis besos;  
para tu femenina levedad, tul ardiente,  
campo para mi hombría”.

En los poemas 16 “Así eres”, 15 “Hallazgo” y 14 “Ah, no temas hermosa...” sigue en esa línea de la búsqueda hasta el encuentro de la plenitud del amor, de la amada, de la mujer, de la esposa, así leemos en el final del poema 16:

“Resérvame tu boca, la luz que en ella exhalas,  
/.../, el donaire  
que en recogimiento de tus faldas reposa,  
las anhelantes lunas de tu pecho, sus alas,  
y que todo el tesoro que reúnas, esposa,  
se ahonde por el aire,  
por el aire me encienda!”.

Concluimos en el poema 8 “Transfiguración” de *De cara al corazón* que viene a ser un nítido paso, aunque con diferencias entre este libro y *El rayo que no cesa* a través del poema 15 “Me llamo barro aunque Miguel me llame”. Voy a transcribir una buena parte del poema “Transfiguración”, por menos conocido, para ver comparaciones y similitudes de éste con el 15 de Miguel Hernández.

“No sé a veces qué somos, si ya cada  
grumo de tierra suena en nuestra mano  
si eres mujer o barro de secano,  
si yo varón o arena derrumbada. /.../

Tanto llevamos un color de tierra  
que nuestro cuerpo es como tierra lisa,  
tierra que el viento reconoce y pisa,  
que el aire besa y su ademán encierra.

Tanto de tierra somos, tanto enciende  
la tierra nuestra sangre y nuestra vida,  
que ya no sé si somos sólo herida  
de tierra que sus vértigos esplende.

Si te embisto, tal vez ya sólo embisto

una colina, un surco, un sembradío,  
y, sembrador al fin de esfuerzo y brío,  
de sol me anego y de calor me visto.

De tierra somos. Ya la tierra muerde,  
mujer, tu entraña dulce y fragorosa,  
y si mi fuego de varón te acosa,  
los hijos saltan de tu prado verde.

No sé si por tu piel se transfigura  
la vegetal orilla de un paisaje,  
no sé si vuelves o si estás de viaje  
hacia la tierra, hacia su agricultura.  
Si varón o mujer, no sé; si en vano  
Pretendemos no ser yerba o simiente,  
Si dos ramas que sellan su corriente,  
¡ si dos raíces que se dan la mano!”.

El poema de Elvio parte de la realidad plural de dos enamorados, sin distancia, en igualdad: “No sé a veces qué somos (TÚ + YO = NOSOTROS ) si ya cada /.../

Si eres (TÚ) mujer o barro de secano,

Si **yo** varón o arena derrumbada”. Es tal la identificación que se dicen hechos de tierra “tanto de tierra somos” (NOSOTROS), “**nuestra** sangre y **nuestra** vida”, para concluir en el DOS, con ese paralelismo final: “Si **dos** ramas que sellan su corriente,

¡si **dos** raíces que se dan la mano!”.

El poema 15, “Me llamo barro aunque Miguel me llame”, de *El rayo que no cesa* nace desde la desigualdad, el poeta casi trovador del “amor cortés”, un enamorado que de tan humilde como es o se hace, se considera a sí mismo barro y es incapaz de dirigirse a la dama, a la que quiere complacer, aguanta sus desdenes casi con amoroso masoquismo. Sin embargo, la pasión lo arrebató y queda “harto de someterse a los puñales” (v. 44), se crece y pasa a la ofensiva en un tono amenazante con toda esa carga pasional, erótica, sexual y posesiva: “Teme que el barro crezca en un momento,

teme que crezca y suba y cubra tierna,  
tierna y celosamente  
tu tobillo de junco, mi tormento,  
teme que inunde el nardo de tu pierna  
y crezca más y ascienda hasta tu frente. /.../

Teme un asalto de ofendida espuma  
y teme un amoroso cataclismo.

Antes que la sequía lo consuma  
el barro ha de volverte de lo mismo”.

Convirtiendo a la amada en lo mismo que es él, en barro, se igualan. En resumen, se ha producido la transformación o la transfiguración del amor, punto de partida de Elvio Romero.

#### BIBLIOGRAFÍA

GARCÍALÓPEZ, Miguel Ángel

- “La naturaleza y su dimensión en *El rayo que no cesa*”, en AA.VV., *Miguel Hernández. Cincuenta años después (Actas del I Congreso Internacional)*, Alicante-Elche-Orihuela, Comisión del Homenaje a Miguel Hernández, 1993.

- “Elvio Romero y su poesía amorosa”, en AA.VV., *Con Alonso Zamora Vicente (Actas del Congreso Internacional)*, Alicante, Universidad de Alicante, 2003, tomo II.

LUIS, Leopoldo de y URRUTIA, Jorge, introducción, estudio y notas a Miguel Hernández, *Obra poética completa*, Madrid, Zero-Zyx, 1977.

\* Los poemas de *El rayo que no cesa*, *Imagen de tu huella* y *El silbo vulnerado* están citados en el orden de esta edición.

ROMERO, Elvio, *Poesías completas*, Asunción, R. P. Ediciones Alcándara, 1990, tomo I.

\* Los poemas de *De cara al corazón* están citados en el orden de esta edición.

SÁNCHEZ VIDAL, Agustín, edición, introducción y notas a Miguel Hernández: *Poesías completas*, Madrid, Aguilar, 1979.

ZARDOYA, Concha, “Miguel Hernández: vida y obra”, *Revista Hispánica Moderna* (Nueva York), nº3-4, 1955.